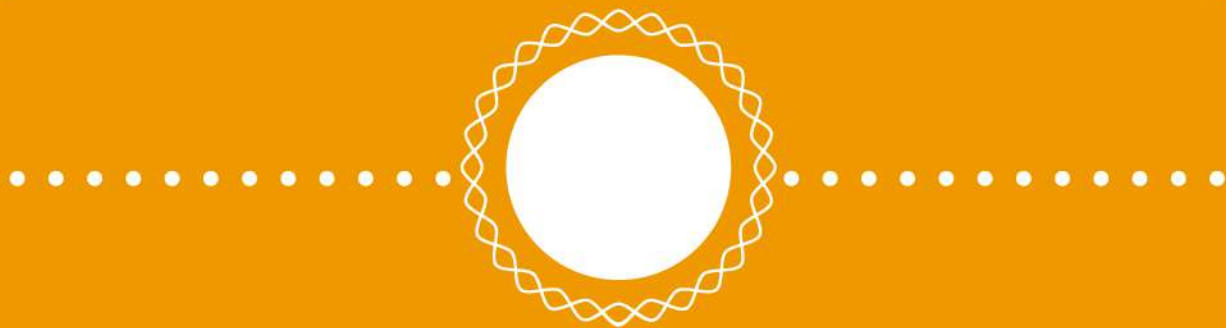


CUENTOS PARA LA PAZ



⇒ UN LIBRO ESCRITO POR ALUMNOS ◀

INSTITUTO LUX

© 2014 Instituto Lux
Blvd. Padre Jorge Vertiz Campero 1618.
Col. Fracción Predio El Crespo, C.P. 37280, León,
Guanajuato, México.

Rector

Daniel Stevens León, S.J.

Dirección General Académica

Laura Villanueva Franco.

Directores de nivel

Dirección Preescolar

Roxana Ángel Padilla.

Norma Vázquez Trujillo.

Dirección Primaria

Clara Azcué Pérez Gil.

Dirección Secundaria

Luis Guillermo Ramírez Rodríguez

Dirección Bachillerato

Mauricio Cárdenas Zarandona

Coordinación

Sandra Bárbara Zapiain Elizalde.

José María Rosas Garibay.

Comité de selección

Julia Cuellar Contreras.

Juan Sergio Fabrízio Olague Montoya.

Paola Mancera García.

Fernando Renato Padilla Gómez.

Autores

Salvador Darío Bermúdez Morón

Guillermo Rodríguez Ramírez

Iñaki Hernández Yábar

Ximena Bonilla Rodríguez

Paola López Espinoza

Gabriel Cordero Ramírez

Katia Cruz Plascencia

Iván Mauricio Ayala Collado

Carlos Enrique Pimentel Muñoz

Tania Ximena Becerra Hernández

María Fernanda Collazo Fonseca

Dania Nazira García Hernández

Alexa Ortiz Saldaña

Luis Samuel Aguilar Gasca

Alexa Ponce Vázquez

Ilustraciones

Christian Durán.

Héctor Marrufo.

Daniel Morales Peredo.

Hugo Montelongo.

Santiago Ramírez.

Alonso Fuentes.

Marcelo Ayala.

Paola Borja.

Diego Alonso.

Mauricio López.

Jhoanna Villaseñor.

Paulina Lara Cardona.

Paulina Gutiérrez.

Angélica Padilla.

Paulina Muñoz.

Ximena Soto.

Raúl Villegas Enríquez.

Sebastián Coronado.

Sofía Barrera.

María Larrinúa.

Isabella Alvarado.

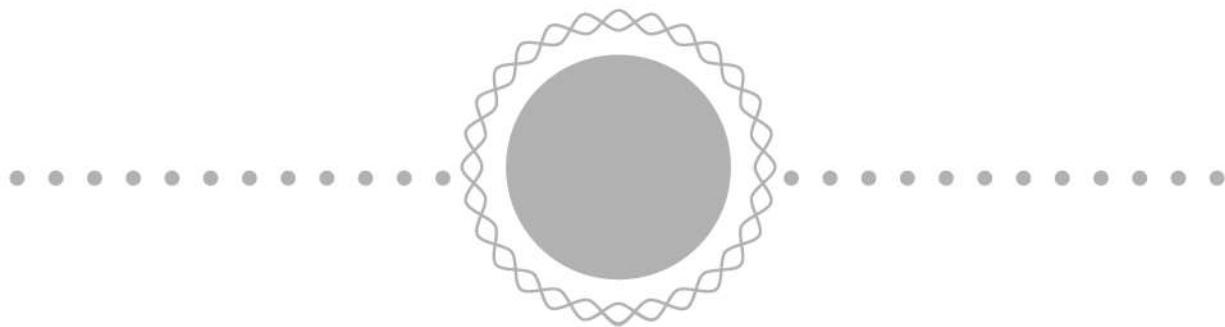
Fotografías

Taller de fotografía.

Diseño editorial

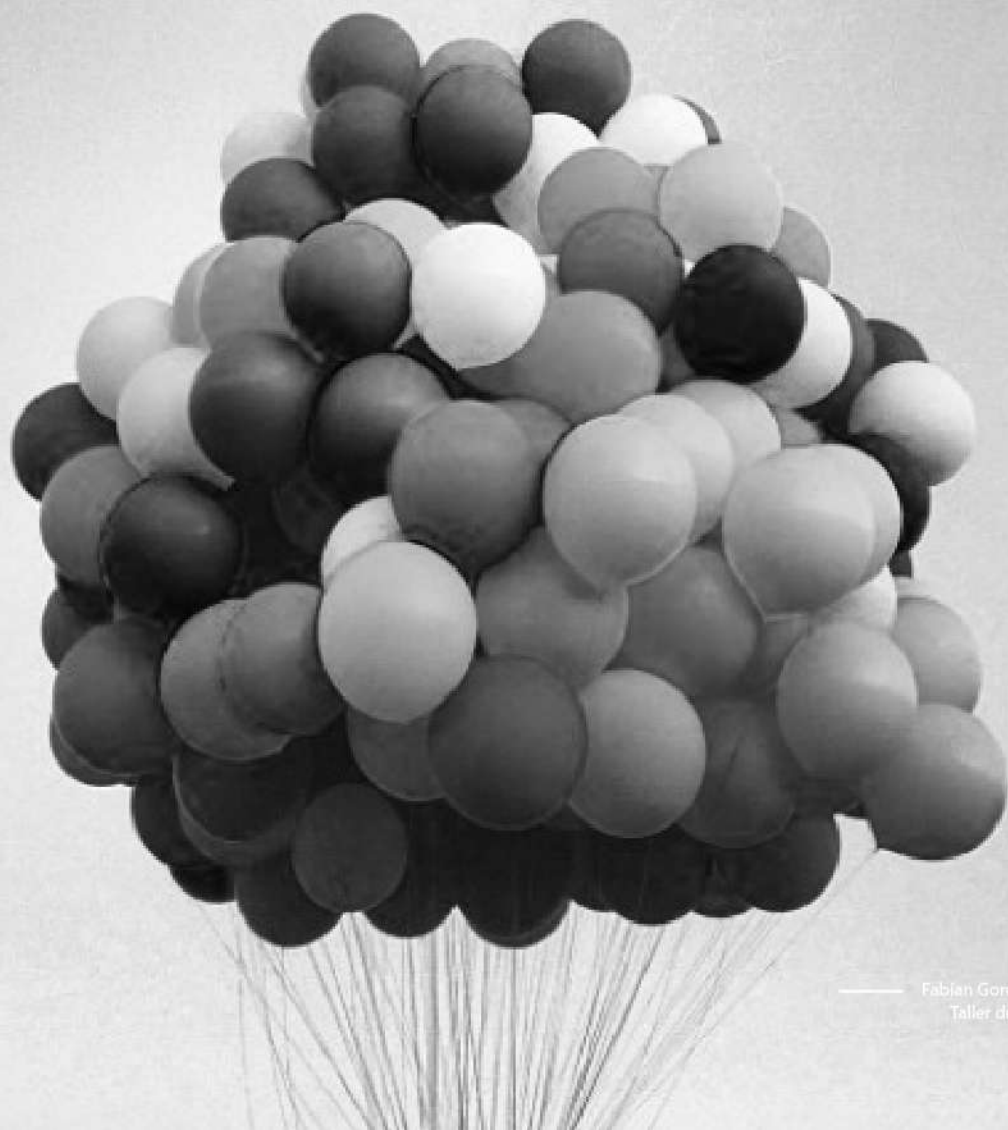
Carolina Tapia Maldonado.

CUENTOS PARA LA PAZ



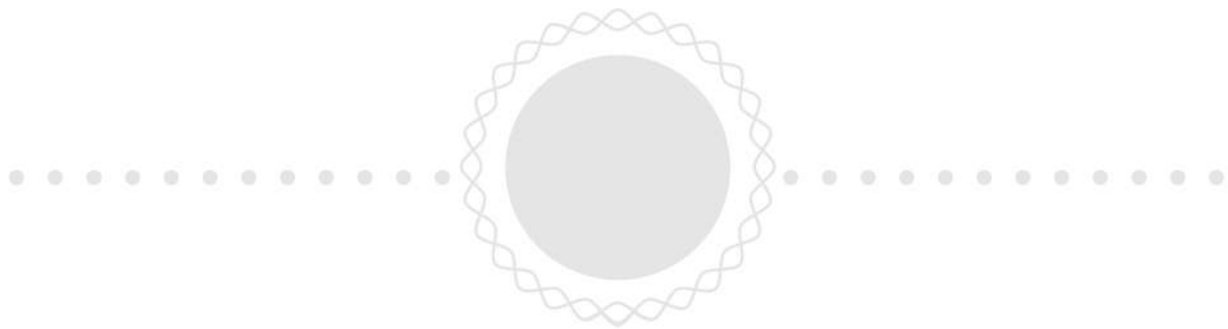
INSTITUTO LUX

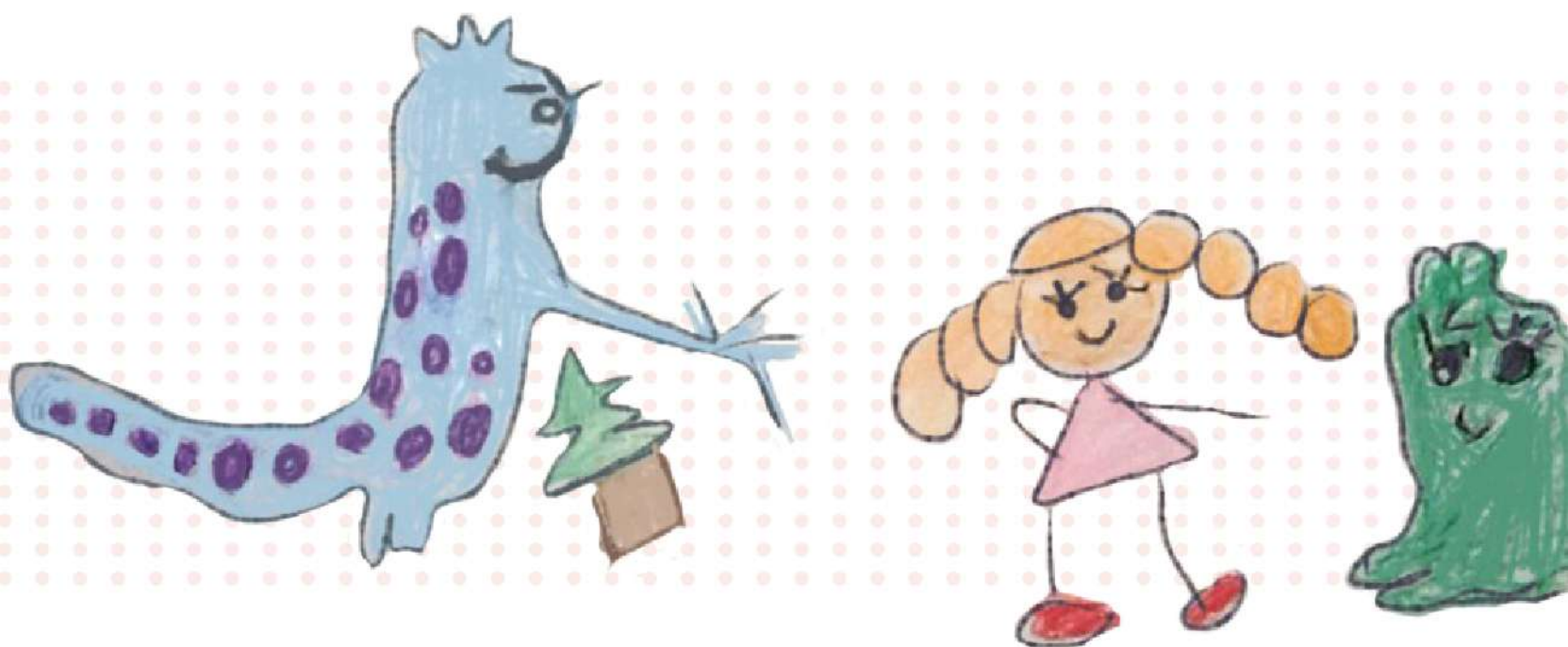
Colegio Jesuita en el Bajío



———— Fabian Gorozpe Velázquez ————
Taller de fotografía.

Todos soñamos despiertos. Imaginamos mundos posibles y mejores; soluciones distintas a problemas cotidianos. La presente antología es un esfuerzo por compartir ficciones alrededor de la paz, tanto en su presencia como en su ausencia. Es resultado de una convocatoria abierta, sin más incentivo que el placer de escribir para que alguien más lo lea. Tras la selección de textos, los cuentos fueron relatados a los alumnos más pequeños para que fueran sus interpretaciones las que ilustraran y dieran color a este trabajo... sin más incentivo que el placer de que tú ahora lo veas.





EL MUNDO SECRETO DE ABIGAIL

— Por: Alexa
Ponce Vázquez —

Secundaria



Abigail era una niña pequeña que no le temía a casi nada; las arañas le daban risa, imaginaba que hablaba con los monstruos que había debajo de su cama y la oscuridad no era otra cosa que el cielo en las noches.

Pero ella no sólo era diferente en eso, ya que no jugaba con muñecas ni se vestía de princesas, en vez de eso le gustaba jugar fútbol y luchitas con sus primos, cuando usaba sus vestidos o faldas se le veían todos los calzones, esto no le causaba ninguna molestia, igual disfrutaba mucho de estos juegos.

Una noche mientras su padre la arropaba le preguntó:

-Papá ¿crees en los monstruos?

-No mi amor, ¿Por qué lo dices?- *Preguntó el papá con cara de asombro.*

-Es que yo hablo con ellos- *Contestó un poco apenada Abigail*

Su padre, dándole un beso en la frente, le pidió sonriendo a la niña que mejor intentara dormir, ya que ellos irían a una cena con la tía Elsa y su nana se quedaría a cuidarla.

Al salir su padre del cuarto, inmediatamente Abigail saltó de la cama y emocionada como quien busca un tesoro, se asomó debajo de ella y susurrando dijo:

-¡Ya pueden salir!



Ella se alejó un poco no por miedo, sino dejando el espacio para que sus amigos salieran debajo de su cama.

Inmediatamente se asoma el primero de ellos de pelaje color rojo radiante y con enormes manos las que se extendían hasta el suelo. Detrás de él, sale otro un poco más pequeño, de color azul y con el rostro cubierto por seis enormes ojos y una sonrisa que abarcaba lo ancho de su cara.

Brutus y Cata eran esos monstruos con los que Abigail compartía horas y horas de juego y a los que tanto quería.

-¿Qué gran idea tienes para el juego de esta noche, Abi?- Dijo Brutus con esa voz lenta pero entusiasta con la que siempre le hablaba.

-No lo sé Brutus, ya hemos jugado en todos los espacios de la casa, pero déjame pensar...- Contestó Abigail colocando su dedo sobre su barbilla y mirando hacia el techo.

De pronto y dando un gran brinco, alzó la voz y comenzó a contarles la gran idea que se le había ocurrido; ansiosa de jugar en otros espacios, les propuso cambiar de lugar e ir al mundo de donde ellos venían.

A Brutus y Cata no les pareció tan genial la idea, pues con todo y lo valiente que era Abigail, en su mundo había monstruos realmente horrorosos; de hecho ellos eran los guapos en Sustópolis y temían que Abi se asustara tanto que además de no volver a su mundo, deseara también no verlos a ellos jamás.



Sin embargo, a pesar de todo lo espantoso que le contaron sobre Sustópolis, Abigail insistió tanto y se mostraba tan emocionada con la idea, que no tuvieron más remedio que complacerla.

La niña con gran entusiasmo, empezó a buscar debajo de la cama el portal mágico que ella había imaginado. Cuando por fin se cansó de tanto buscar, salió y se encontró con Brutus y Cata quienes la miraban desconcertados.

-¿Qué haces Abi?- Preguntó Cata moviendo desorbitadamente todos sus ojos.
-¡Busco el portal mágico!- Contestó la pequeña niña.

Los monstruos se miraron y con una gran carcajada dijeron a su amiga que ellos no llegaban por ningún portal mágico, que para entrar y salir de su mundo, sólo era necesario apretar fuertemente sus manos y ojos y además desearlo intensamente.

-¿Estás lista?, entonces toma nuestras manos- dijeron los dos monstruos extendiéndole a la niña sus peludas manos.

En menos de 5 segundos se encontraban en un extenso valle lleno de rocas gigantes en las que cabalgaban jinetes de cuerpos redondos con diminutas cabezas sobre centauros de 2 cabezas tan largas que parecían tocar las tinieblas.

Para otros chicos, aquel mundo podría lucir muy tenebroso, pero lejos de



mostrar el susto que pensaban Cata y Brutus, Abigail sonreía y con los ojos abiertos de admiración les dijo que ese era uno de los mejores días de su vida.

Desde ese día Abigail sigue explorando ese raro pero fascinante mundo en el que ha encontrado amigos realmente feos pero con un gran corazón.





UN DÍA INOLVIDABLE

— Por: Iñaki —
Hernández Yábar

Primaria



Había una vez dos amigos que jugando en el parque encontraron en un basurero un mapa y decidieron seguirlo a ver si verdad llegaban a encontrar un tesoro.

Empezaron a caminar hasta que llegaron a una cueva y vieron que había gente viviendo ahí, era gente pobre, así que como ellos llevaban algo de comida decidieron compartirla con ellos.

Luego de un rato de estar con ellos siguieron su camino. Se toparon con unas piedras que les tapaban el camino, intentaron quitarlas, pero eran muy pesadas, así que tuvieron que escalar, cuando lograron pasar vieron que más adelante había un puente a punto de caer y pensaron que lo mejor era regresar a casa, pero a lo lejos vieron que después del puente estaba la "equis" X donde estaba el tesoro, así que se arriesgaron y entre corriendo y brincando lograron cruzarlo, ya enfrente del lugar empezaron a excavar y a excavar hasta que vieron el cofre, a toda velocidad lo abrieron y lo que encontraron fue sólo una nota que decía:

"Un verdadero tesoro es la amistad"

Así que con una sonrisa se abrazaron.

FIN







EL ÁNGEL MECÁNICO

— Por: Paola
López Espinoza —
Secundaria



27 de febrero de 2180

<< Volar. Todos soñamos con eso alguna vez ¿no?, pero, ¿y si pudiera hacerse realidad?, ahorrarías mucho dinero en transporte, sin la preocupación de que el tanque de tu auto anti-gravedad se quede sin gasolina. Además de los múltiples inventos como los RoboClean, los mini cohetes para ir de Luna de Miel a la Luna, los iSmartDevice que se manejan con tu voz, e incluso para los más pequeños existen los unicornios diseñados genéticamente, o lentes de realidad aumentada.

Pero este 2180, la neuróloga ingeniera Lizeth Hale, de 38 años con su inconfundible melena azabache, nos sorprendió con su nuevo proyecto “El Ángel Mecánico”. Consiste en un implante de alas artificiales conectada a sus nervios (para que así su cerebro le ordene a esas alas que lo hagan volar) ubicado a la altura de sus omoplatos. La operación tardaría alrededor de 18 horas, pues dependiendo de la persona, el sexo, la edad, la talla y el peso, se basará para hacer sus alas a la medida, porque “Cada uno de nosotros es único e irrepetible”, nos comenta Lizeth.

La primera afortunada fue Annie Hale, de 13 años e hija de Lizeth, y que desafortunadamente tiene la discapacidad de caminar desde hace diez largos años.

Se tuvieron algunas complicaciones en la larga operación de la pequeña Annie, pero después de esas arduas 18 horas, fue exitosa la operación. Annie



ahora se encuentra en reposo en el City Hospital en Nueva York, pero pronto sucederá esto:

“¿Es un ave?”

“¿Es un avión?”

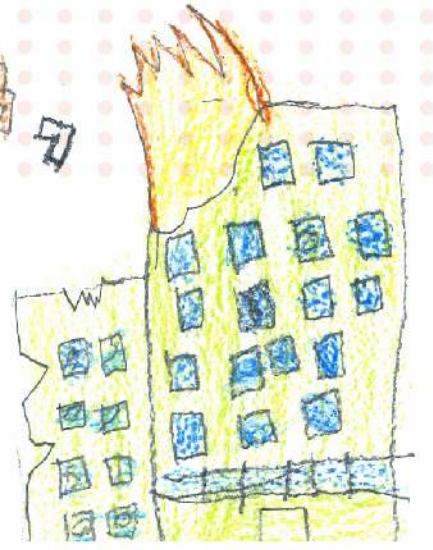
-No... ¡Es Annie!

Y si pudiera volar ¿Dónde estaría ahora? >>

FIN



EL LIBRO.



EL LIBRO

— Por: Gabriel
Cordero Ramírez —

Bachillerato



[El mundo era un caos total, la tercera guerra mundial había devastado tres cuartas partes de la civilización humana, todo se había perdido.

De los pocos hombres y mujeres que quedaban con vida sobre la faz de la tierra, Daniel era uno de ellos. Vagaba sin rumbo alguno por las desoladas calles de las grandes ciudades buscando comida y refugio para la noche. Siempre estaba solo, la poca gente que veía se escondía inmediatamente al verle, tal vez por temor a que Daniel les hiciera algo; él simplemente los ignoraba, quería convivir con ellos pero él sabía que nunca lo dejarían acercarse por la desconfianza que tenían estas personas.

Tanto las grandes como las pequeñas ciudades estaban en penumbra y soledad, aquellas ciudades las cuales en el pasado tenían nombre; pero ahora eso ya no importaba, la humanidad se extinguía, y pronto desaparecería de la faz de la tierra.

Un día, mientras Daniel paseaba por una de aquellas ciudades ya sin nombre vio un edificio a lo lejos, con la puerta llena de escombros los cuales Daniel decidió quitar para adentrarse en el lugar.

En aquel edificio se podía sentir un ambiente de paz y tranquilidad que jamás había sentido antes, aunque las ciudades estuvieran desiertas y no habitara más que el silencio del recuerdo de un pasado mejor, ningún silencio podía compararse con el que Daniel presenciaba en aquel momento, el aire era frío y a lo lejos se oían susurros.



Aunque la oscuridad dominara aquel lugar, Daniel alcanzaba a ver que frente a él se alzaban hileras e hileras de estantes de madera en los cuales podía divisar unas cosas apiladas en ellos, estas eran rectangulares y se veían de distintas formas y tamaños, al acercarse, Daniel percibió un olor que jamás había oído en su vida. Se acercó a un estante y tomó uno de esos objetos rectangulares, fue entonces cuando se dio cuenta de que era un libro, sus padres le habían contado de ellos cuando él estaba pequeño, contenían palabras, que a su vez formaban oraciones, y a su vez párrafos, y páginas, y capítulos, hasta formar un tomo de libro. Sus padres también le habían contado que después de la guerra los sobrevivientes los utilizaron para hacer fuego porque en las noches hacía mucho frío. También le habían contado que estaban recopilados en lugares llamados bibliotecas, donde ordenaban los libros y donde uno podía ir y sacar libros para poder leerlos.

Y fue en ese justo momento cuando se le ocurrió, dejó el libro que tenía entre las manos, y de estante en estante fue buscando hasta que lo encontró: Un libro acerca de la guerra, buscó una mesa donde sentarse y leer, también buscó una lámpara que todavía funcionara, pero no encontró tal lámpara, así que buscó en la mochilita que traía consigo y encontró una pequeña lámpara de mano con la que empezó a leer.

Al terminar de leer una parte del primer libro, decidió buscar más, y continuó leyendo, cuando le daba hambre sacaba la poca comida que traía cargando consigo y comía a la vez que leía. Algunos libros hablaban de guerras históricas, la primera guerra mundial; la segunda guerra mundial; las independencias de varios países; revoluciones de otros. Otros libros hablaban más de



cómo hacer la guerra, también llamado: “El Arte de la guerra”, el cual Daniel no creía ningún arte, ¿cómo podría alguien divertirse o deleitarse matando a otro ser vivo?, aquello era algo que no comprendía.

También encontró otros libros que hablaban acerca de paz; de tranquilidad; de armonía; con los cuales estaba totalmente de acuerdo en ciertos aspectos, como en que la humanidad siempre debería estar unida ante cualquier catástrofe, contrario a lo que hacían las personas que lo veían pasar y se escondían. Leyó hasta que se le apagó la linterna que traía y decidió que era hora de irse, así que se levantó, pero comprendió que debía llevarse algo, debía dar a conocer lo que había encontrado, y de entre todos los libros escogió uno acerca de la paz.

Al salir de la Biblioteca la luz del día casi quemó sus ojos, estaba cansado, con hambre y sed pues había pasado varios días en la biblioteca y no tenía demasiada comida.

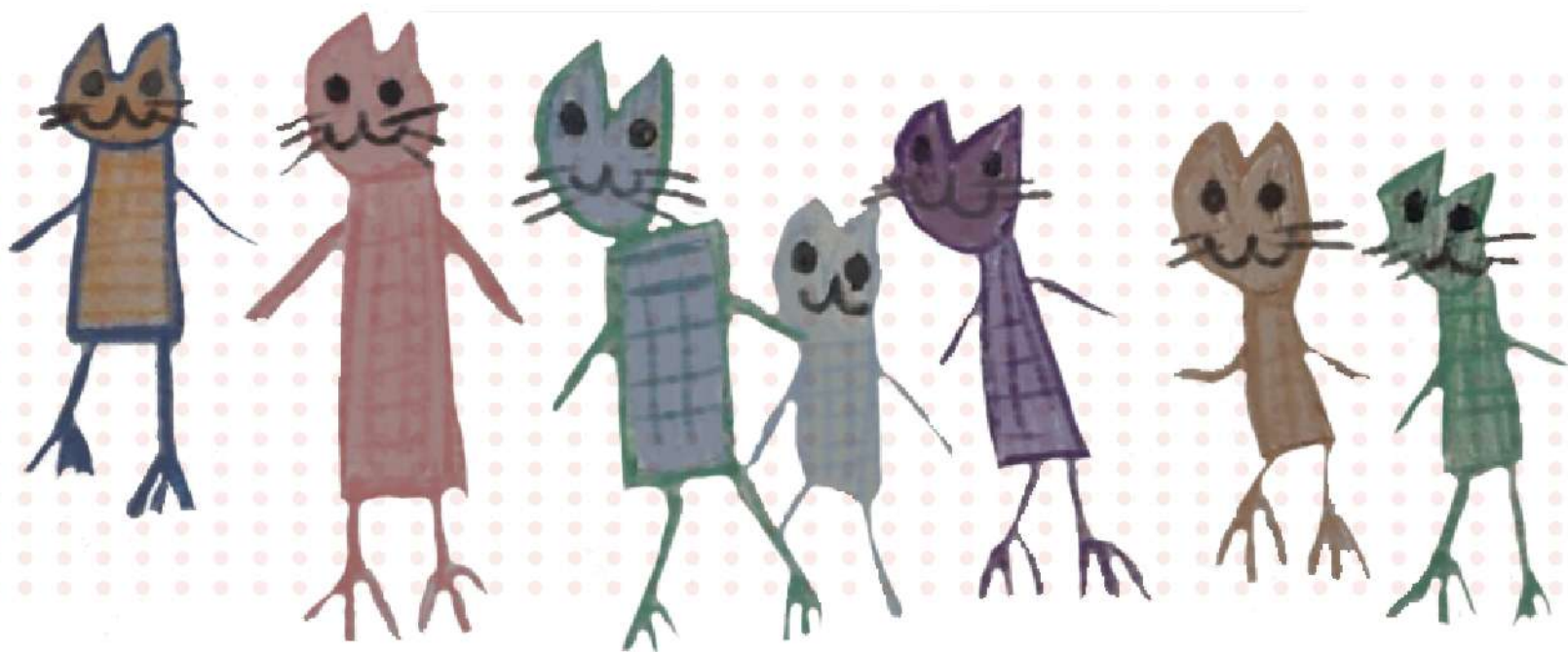
Siguió caminando en dirección a otro edificio en busca de comida y agua, y decidido a que cuando recuperara sus fuerzas llevaría sus nuevos conocimientos a los demás, no importase lo mucho que le costara ganarse la confianza de aquella gente desconfiada, él lo lograría.

Y todo esto sería posible para él, siempre teniendo fuerza y convicción, y recordando siempre la última frase de aquél libro que cargaba consigo:



FIN





TOMÁS

— Por: Dania —
Nazira García Hernández
Primaria



Capítulo uno.

En una linda casita vivía una gatita blanca como la nieve, gorda, de pelo tal que el cepillado diario daba un hermoso esponjado. Vivía con ella un también hermoso y esponjado gatito de nombre Tomás. Todos los días comían los mejores platillos, desde salmón ahumado hasta carne en su jugo. Ya había hablado del cepillado diario que su dueña, una amable ancianita cuya adoración eran esos dos gatitos, realizaba hasta diez veces al día, cien pasadas por vez a cada uno.

Tomás, sin embargo, se aburría de estar todo el día encerrado en aquella linda casita. Veía por la ventana a los gatitos de la calle jugar con todo lo que podían encontrar: latas, ratones, cucarachas, monedas y demás. Soñaba con grandes aventuras en las que él era el protagonista principal. Quería decirle a su mamá que lo dejara salir con los demás gatitos; pero sabía que lo único que recibiría sería un regaño tan solo por decirle eso. A la mamá no le agradaban los demás gatos; decía que por ser de la calle eran de lo peor. Cuando el gatito se asomaba a la ventana su mamá le decía:

-Aléjate Tomás, y deja de soñar con salir a jugar con esos gatos; recuerda que son sucios, no han de haber tocado el agua desde hace siglos.

La casita que habitaban era la casita en la que todos los gatos de la calle soñaban con tener. Soñaban también con ser unos gatos gordos y esponjados de tanto cepillar. Sin embargo, todos se quejaban de los dos gatos que la habita-



ban. Decían que se creían mucho por ser «gatos finos». La mayoría de los gatos de la calle eran flacos; todos pero todos, eran sucios; pocos bonitos, muchos feíto; algunos no tenían pelo en las diferentes partes de su cuerpecito; los otros cojeaban, y alguno que otro hasta un pedazo de oreja le faltaba.

Capítulo dos.

Un día, la amable ancianita salió con la linda gatita a cortarle y pintarle sus hermosas uñitas. Tomás se quedó en la casa solito; estaba muy pero muuuuuuy aburrido. Quiso ver por la ventana para distraerse un poco. Lo que vio fue un grupo de gatitos de su edad jugando con una lata. La aventaban, la pateaban, la mordían, la subían a la barda y la aventaban de nuevo para abajo, metían la cabeza en ella, y hacían todo, pero todo lo que un gato de la calle podía hacer con una lata. Tomás no se pudo resistir más. Salió por la puertita diseñada para ellos en la entrada de la linda casita. Pensó *-saldré a jugar y regresaré antes que mi mamá lo haga-*.

Paradito frente a la entrada de su casa, no sabía cómo decirles que lo invitaran a jugar con aquella fantástica lata. El más sucio y pequeño de los gatitos lo vio y salió corriendo hacia él.

-Hola- le dijo -mi nombre es Rubén-.

-Hola- dijo Tomás bastante asustado -yo soy Tomás... ¿puedo... jugar con ustedes?-.

-Claro, pero... ¿sí te deja tu mamá?- preguntó Rubén viendo de reojo a la puerta, esperando saliera furiosa la mamá de Tomás.

-Sí- dijo dudando, ya que sabía no era cierto.

Capítulo tres.

La mamá de Tomás se encontraba en la linda casita. Estaba muy asustada ya que no lo encontraba por ningún lado. Lo buscó debajo de las camas, atrás del armario, arriba en la alacena, y en cualquier otro lugar en el que Tomás pudiera estar. En eso escucharon unos rasguños que venían de la puerta. Esperando fuera su hijo se asomó por la pequeña puertita, aquella diseñada para ellos en la entrada de la linda casita. Lo que se encontró fue a un gato sucio de la calle que no dejaba de rasguñar la puerta. Con desprecio le preguntó qué quería.

-Buenas noches señora- le dijo **-mi nombre es Rubén, señora.** Dijo esto con un olor a sardinas con ratón que hizo que la linda gatita volteara la cara de asco.

-¿Y...?- preguntó ella **-¿a mí qué?**

-Es Tomás señora, se ha caído señora en la alcantarilla de la calle y no puede salir, señora.

Al oír esto, la gatita salió de la linda casita tan rápido que al hacerlo atropelló al gatito con olor a sardinas y ratón.

-¿Y no podías haberme dicho eso desde un principio?- le dijo.

-Solamente quería sonar educado.

-¿Qué le han hecho a mi Tomi?

-Solo estábamos jugando señora con una fantástica lata, cuando Tomás sin querer saltó y cayó dentro de la alcantarilla.





Siguiendo a Rubén llegaron al parque donde estaba Tomás al fondo de la alcantarilla.

La linda gatita se acercó gritando **-Tomi, soy yo... mamá-**. Trató de alcanzarlo pero no pudo. El hoyo era muy profundo. **-Ayúdame-** le gritó a Rubén, pero este salió corriendo para el otro lado.

La linda gatita se enojó con él y dijo en un susurro **-ese gato malvado, primero tira a mi Tomás y ahora se va así como si nada-**. Siguió estirándose tratando de alcanzarlo sin apenas acercarse.

En eso ve que regresa Rubén, y ve que no viene solo, llega con ¡cinco... diez... quince... veinte... treinta gatos! Llegaron a la alcantarilla y sin dudarlo empezaron a hacer una fila del más pequeño al más grande. Se tomaron de las manitas y el primero de la fila se arrojó al hoyo cayendo todos atrás de él, sujetados por los más grandes.

A la linda gatita se le hicieron los ojos como plato al ver como los gatos de la calle, aquellos a los que tanto había despreciado, hacían hasta lo imposible por sacar a su Tomás de la alcantarilla. En un momento, le dio mucha vergüenza por haber sido tan mala con ellos.

-Jalen- se oyó desde el hoyo. Los grandes lo hicieron hasta sacarlos a todos del agujero, con Tomás hasta el final.





Cuando vio a su hijo todo sucio y despeinado, lo abrazó, llenándolo de besos, así como también lo hizo con los demás gatos, que por cierto también estaban sucios y despeinados.

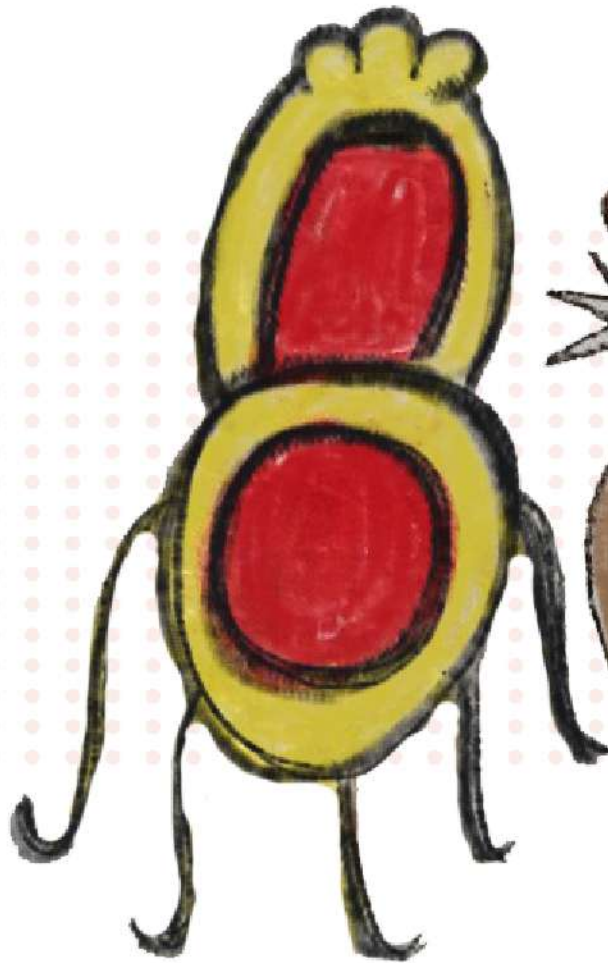
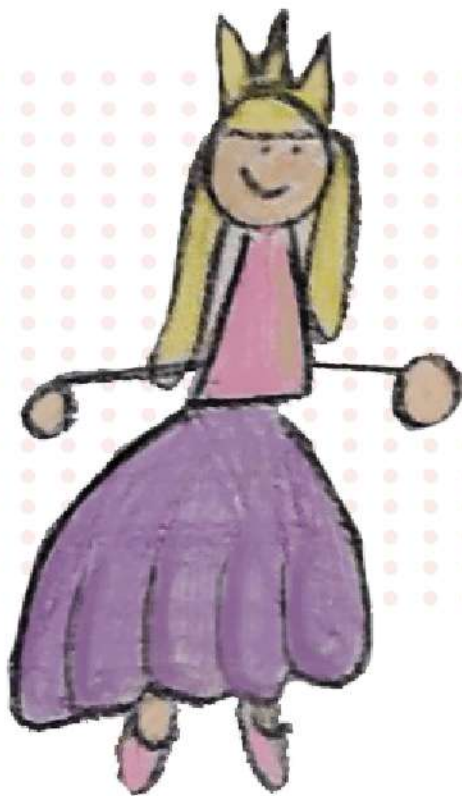
Epílogo

Desde aquel día, cada tarde la linda casita se llenó de gatos. Todos llegaban a saludar a la mamá de Tomás y a jugar con él. Todos salían bien comidos y con su pelo bastante esponjado, ya que la amable ancianita aprovechaba para cepillarlos hasta diez veces al día; cien pasadas por vez a cada uno.



FIN





LA GUERRA DE PAZ

— Por: Iván —
Mauricio Ayala Collado
Primaria



Érase una vez, una joven hermosa que se llamaba Consuelo quien vivía en el pueblo Patrocinador. Tenía el cabello largo y suave, más suave que el mejor algodón, y piel más suave que cualquier pieza de seda. Consuelo y su familia vivían juntos en una casa grande y lujosa, situada entre las colinas en las afueras de Patrocinador. Aunque era tan hermosa y rica, Consuelo era muy humilde y reservada, siempre dándole a la gente lo que necesitara. Era alta, más alta que todas las otras muchachas en el pueblo y por lo tanto todas se burlaban de ella por celos. Pero esto no afectaba ni disminuía su bondad hacia todo el pueblo.

Por contraste, la madre de Consuelo, llamada Codicia, era la mujer más poderosa de Patrocinador ya que controlaba los campos grandes que producían todo el trigo de la región. Hace muchos años atrás, Codicia era hermosa y amable como su hija, pero la vanidad y la vejez la habían convertido en una mujer amargada y manipuladora. Ahora estaba llena de tanta avaricia que sus ojos quemaban con fuego verde. Mientras el corazón de Consuelo no estaba nada corrompido, el de su madre sólo estaba lleno de ambición y odio por todo menos ella misma.

En aquel entonces, el pueblo Patrocinador era próspero y con una población creciente de mil personas, muy grande para esa época. El pueblo estaba contento. Pero, detrás de esta gloria, las nubes oscuras de guerra se estaban acercando. Dado que Codicia era dueña de todos los campos de trigo, decidía los precios. Vendía a su pueblo a un precio razonable por la necesidad de sobrevivir en un pueblo exitoso, pero para el pueblo vecino, el precio era tan alto que



no les alcanzaba el dinero. Mientras que un pueblo prosperaba, el otro pasaba hambre. Su inhumanidad provocaba más y más conflicto entre ambas comunidades.

Al fin del año, Consuelo viajó con su mamá al pueblo que ella estaba hundiendo, que se llamaba Montaña Solitaria. Caminando por la calle, Consuelo vio algo que nunca se había imaginado: todo el pueblo estaba muriéndose de hambre y mendigando. Entristecida por esta escena llena de dolor, Consuelo intentó darle a un hombre, quien estaba muriéndose, un poco de dinero para que pudiera comprar un poco de trigo. Pero, al alargar la mano, Codicia arrancó el dinero de su hija.

Exclamó: **—¡Déjalo morir! Si no pueda pagar por comida, debe comer mugre del terreno.**

Después de caminar mucho y ver todo el sufrimiento, las dos se reunieron con el alcalde de Montaña Solitaria. “Espérame afuera” le dijo la madre a Consuelo al entrar a la oficina del alcalde. Sentada afuera como su mamá demandó, Consuelo oía al alcalde rogándole que redujera los precios porque estaba arruinando el pueblo hasta la extinción.

—Oye— espetó Codicia, —¡Vas a pagar lo que yo diga y no me importa ni un carajo que el pueblo entero se muera en las calles! ¡No voy a bajar mi nivel de vida por nadie! De hecho, vine hoy a avisarte que el precio de trigo ha cambiado. ¡Te va a costar doble! Jajaja.



Súbitamente, la sala se quedó en silencio. *Desalentado, el alcalde preguntó* **“¿Por qué?”** *Codicia respondió, “Perdí un diamante el otro día en la casa y me hace falta reemplazarlo. Puedes entender eso, ¿sí?”*

La puerta se abrió.

Codicia, saliendo de la sala, dijo, “Hay que dejar de entregar trigo a Montaña Solitaria, porque es evidente que no le alcanza el dinero.

Llorando a lágrima viva, el alcalde expresó amargamente,

—Que Dios tenga misericordia de su alma.

—Dios sabe que necesito vivir cómodamente, y consecuentemente está de mi lado— *Codicia respondió sonriendo.*

Al salir de Montaña Solitaria , Consuelo desesperadamente suplicaba a su mamá que redujera los precios.

—Mamá, ya serás rica aunque reduzcas el precio.

—No me importa sólo ser rica, hija, sino ser la más rica y poderosa.

El próximo día, Montaña Solitaria le declaró la guerra a Patrocinador.

Todo era culpa de Codicia. Por cuatro largos meses, ambos pueblos lucharon una guerra cruel, acabando con la prosperidad de Patrocinador. Los ciudadanos de Montaña Solitaria , enfadados por la avaricia de Codicia, quemaron todos sus campos preciosos, creando una situación aún más exasperada.





Consuelo , horrorizada por el sufrimiento de ambos lados, le rogaba a su mamá que negociara una paz. **“Estoy harta del daño. Me voy mañana a negociar un mejor precio.”**

Al oír esto, Codicia encerró a Consuelo en su cuarto y le prohibió ayudar en cualquier manera.

En la noche, Consuelo se escapó y empezó su viaje peligroso hacia el otro pueblo. Al andar por todo su pueblo, el cielo ardía y la luna estaba cubierta del humo negro originado por las casas en llamas. Cruzar la frontera fue lo más peligroso para Consuelo por su relación con Codicia. La misma noche, la capturaron pero luego la liberaron cuando, por suerte, un hombre aseguró que no era una amenaza. **“Esta chava no es como la que odiamos. Cuando estaba muriéndome de hambre, me ayudó sin buscar recompensa. Libérala, viene a salvar a todos.”**

Después, Consuelo habló con el alcalde y dijo que iba a entregar trigo clandestinamente pero solamente si abortaba la guerra. Sorprendido por esta hazaña, el alcalde y Consuelo se pusieron de acuerdo. Pero, cuando Consuelo regresó a Patrocinador, la casa de Consuelo se encontraba en ruinas. Se pusieron en contra de Codicia y quemaron todo. Agradecido al enterarse del final de la guerra, el pueblo solicitó que Consuelo ayudara a recuperar la industria de trigo y el pueblo. Conmovida profundamente, aceptó sin duda.

La única cosa que quedaba era el diamante, que brillaba entre las cenizas. Consuelo utilizó este símbolo de la avaricia para reconstruir el pueblo entero,





y también el de Montaña Solitaria, promoviendo relaciones agradables entre ambas comunidades. Hoy en día, la gente de las dos comunidades festeja a la villana que falleció y la coronación de una heroína, su nueva reina amada, Consuelo , quien se hizo la mujer más poderosa y rica del terreno.



FIN





LA PAZ Y MAGIA DE LOS DUENDES

— Por: María —
Fernanda Collazo Fonseca

Primaria



Había una vez un niño llamado Alejandro. Él era un niño muy malo con todos los que lo rodeaban, era egoísta y no obedecía nunca ni a sus papás ni a sus maestros. Todos se alejaban de Alejandro, pues les caía bastante mal; y cuando algún niño se acercaba a él, él los trataba de una manera nada agradable, se burlaba de ellos, los aventaba, les quitaba su desayuno, etc. Conforme pasaban los días Alejandro, en vez de cambiar, se hacía más y más malo y travieso.

Después de un tiempo llegó a la escuela un nuevo niño llamado Andrés, él era muy rudo, grosero y burlón, y al tener tantas cosas en común con Alejandro, se hicieron amigos inmediatamente. La escuela para ellos era un campo de batalla, pues molestaban a todos los niños y niñas que se les cruzaran. Había uno del cual se aprovechaban de más, éste era Víctor, un niño tímido, amable, pero sobre todo bueno.

Una noche, mientras Alejandro dormía, llegó un duende a su recámara. El duende subió a su cama y lo despertó con un silbato mágico. Alejandro se asustó y justo cuando iba a gritar por ayuda el duende le dijo:

— **“Shh, no grites por favor, yo vengo a ayudarte.”**

Alejandro le preguntó: — **“¿Quién eres?, ¿Ayudarme para qué?”**

— **“Soy el duende Pitufín y vengo a ayudarte a que conozcas la paz.”** – *dijo el duende.*

— **“Jajaja ¿qué clase de nombre es ese?, aparte, ¿tú qué me puedes enseñar sobre la paz?”** – *respondió Alejandro.*



- **“Mi nombre es un nombre muy especial de donde yo provengo; y sobre la paz, puedo enseñarte mucho.”** – *dijo el duende.*
- **“Pues aunque creas que me puedes enseñar sobre la paz, no lograrás cambiar mi forma de ser.”** – *respondió Alejandro.*
- **“Claro que sí, tenemos que intentarlo, porque si sigues así nunca vas a tener aunque sea un solo amigo verdadero, pues Andrés no lo es, y a todos los demás les caes muy mal.”** – *dijo el duende.*
- **“A veces siento muy en el fondo de mi corazón que debería hacer el bien, pero mi parte mala siempre gana sobre la buena y no puedo controlarlo. Así que ya vete por que no cambiaré.”** – *dijo Alejandro casi gritándole.*

El duende se fue y Alejandro siguió durmiendo.

Al siguiente día le platicó todo a Andrés, pero él no le hizo caso, se burló de él y dijo que eran puras mentiras, y que si no quería que dejaran de ser amigos mejor fueran a molestar niños como siempre. Así fue y ese día molestaron a más niños que cualquier otro, en especial al pobre de Víctor.

Por la noche se escuchó otra vez el silbato. Era otro duende que llegó a su recámara.

- **“¿Otra vez tú?”** – *dijo Alejandro.*
- **“No, yo no soy Pitufín, mi nombre es Arlequín”** – *contestó el duende.*
- **“¿Y tú también vas a intentar enseñarme sobre la paz?, porque yo nunca voy a cambiar, así que ni lo intentes.”** – *dijo Alejandro.*

— **“Sí puedes cambiar, con ayuda de nosotros vas a ver que sí puedes. Mira aquí tengo dos fotografías, las dos son tuyas, una en la realidad y la otra en cómo serías si tuvieras paz y bondad en tu vida. ¿Puedes ver las diferencias?”** – *le respondió el duende.*

— **“¿De verdad crees que eso pueda llegar a ser? Yo no lo creo. Me gustaría cambiar, pero no puedo, mejor ya vete.”** – *dijo Alejandro.*

El duende se fue algo desilusionado, y Alejandro volvió a dormir.

En la escuela le contó a Andrés todo lo que pasó, pero en vez de escucharlo o creerle, lo único que hizo fue burlarse de él diciéndole que estaba completamente loco, que ya estaba harto de sus historias tontas, pues era imposible que llegara un duende a su casa y menos que le hablaran de puras cosas sin importancia, según él.

Esa noche Alejandro intentó quedarse despierto esperando el sonido del silbato, pero el sueño le ganó; y justo a la media noche, lo despertó un gran viento fuerte y helado, estaba volando sobre el mar, y lo llevaba de la mano un duende, que no era ni Pitufín, ni Arlequín.

— **“¿Quién eres?, ¿A dónde vamos?”** – *dijo gritando Alejandro.*

— **“Yo soy Osín, te estoy llevando a Tokyo, necesito enseñarte algo.”** – *respondió el duende.*

— **“¿A Tokyo?, ¡Pero está muy lejos!”** – *dijo Alejandro.*

— **“Es necesario, y ¿no conoces la magia?... ¿Ves?, Ya llegamos. ¿Alcanzas a ver a ese niño que está allá? Mira a todos los amigos que tiene y cómo**



todos lo quieren y respetan. Ahora recuerda cuántos amigos tienes tú y cómo todos te ven. ¿Eso es lo que quieres?” - dijo el Duende.

— **“Tienes razón Osín, yo quiero tener amigos que realmente me quieran y me crean cuando les digo algo, no como Andrés. Me disculparé con todos e intentaré cambiar, lo prometo.” - le respondió Alejandro muy conmovido.**

— **“Me da gusto Alejandro. Pitufín, Arlequín y todo el mundo de los duendes estaremos muy felices, pues hemos cumplido con nuestra misión. Te queremos mucho.” - dijo Osín llevándolo de regreso a su cama.**

Al siguiente día Alejandro se despertó temprano y emocionado hizo sus deberes, preparó un desayuno a sus papás, les dijo que los quería mucho y les pidió perdón por no haber sido un buen hijo en todo este tiempo. En la escuela se disculpó con sus compañeros y sus maestros y les llevó regalos que él mismo hizo; le pidió perdón especial a Víctor, pues se sentía muy culpable con él y él lo perdonó de corazón. Desde entonces se hicieron mejores amigos y todos admiraron su valentía para pedir perdón y cambiar de verdad.

En cuanto a Andrés lo transfirieron a una escuela especial para niños difíciles y nadie volvió a saber de él. Alejandro está muy agradecido con esos tres duendes que lo visitaron, pues ahora es un niño bueno y obediente a quien todos quieren.

FIN



LOS LIBROS Y LA PAZ

— Por: Katia
Cruz Plascencia —

Primaria



Me desperté en la mañana; otra vez tuve la misma pesadilla, gracias a la nueva ley no puede haber guerra aquí en León pero, ¿y si quitan la ley?, ¿Qué pasaría? Me levante de la cama asustada, pálida, me puse el uniforme, me peiné y me fui a desayunar.

-Otra vez, ¡no puede ser posible que esté pasando!- *dijo mi padre aventando el periódico.* Nunca me han dejado leer el periódico, pero mi amiga Marina me contó que te informa sobre la guerra, la guerra que hay en el país; recuerdo cuando me contó que lo leyó a escondidas, imágenes de muertos, y de la guerra; de solo imaginarlo me da escalofríos.

-Buenos días mamá, buenos días papa- *digo deseando que alguno de ellos me responda.* Mi madre está como siempre en su absurdo teléfono, y mi padre como de costumbre leyendo el periódico.

-Buenos días cariño- *dice mi madre besándome la mejilla, mientras mi padre sigue en silencio contemplando aquel periódico.*

Volteé a ver a mi padre y aquel dichosos periódico, leí el título: Bomba cae en Guadalajara. Guadalajara es cerca, pensé.

Acabé de comer mis hojuelas de maíz y me cepillé los dientes, pero no dejaba de pensar en la guerra. Fui a esperar el autobús, por poco lo pierdo, el chofer iba a arrancar cuando Marina le dijo que apenas estaba saliendo de la casa, por eso es mi mejor amiga.



Llegando a la escuela estuve despistada, más que de costumbre. Pasaron las horas y llegó la última, escuché cómo la maestra mencionaba mi nombre:

-Susana, acércate les contare una historia.

La historia se trataba de un hombre llamado Nelson Mandela, aunque murió hace muchísimo tiempo era lo más interesante que había escuchado, en estos tiempos lo único que se espera de la gente es que hable de guerra; cualquiera se hubiera desesperado de haber durado tantos años en la cárcel, pero él nunca lo hizo, siempre tuvo su buen humor. A la salida corrí a la biblioteca, creía saber cómo solucionar la guerra, solo debía saber más sobre Nelson Mandela y su maravillosa vida, aunque esta guerra no sea de racismo, sabía como detenerla, yo Susana Gómez, ¡sabía cómo detenerla!. Duré toda la tarde buscando algún libro de Nelson Mandela y lo encontré. Miré al reloj, eran las 6:35 p.m.; mi madre estaría muy enfadada conmigo, nunca había llegado tan tarde. Cuando llegué cerré la puerta lo más silencioso posible, nadie se fijó en mí. Subí las escaleras lo más silencioso posible, mi madre estaba descansando en su cuarto, así que pasé con rapidez, agarré mi bloc de notas, hice por lo menos 50 borradores. Le haré una carta al presidente, diciéndole mi idea. Llegaron las diez de la noche y había acabado.

Busqué a dónde mandarla, tenía unas cuantas estampillas, dos sobres, cuatro plumas y una liga en mi cajón. Usé un sobre y una estampilla. Al día siguiente llegó el cartero y bajé con rapidez, cuando es algo importante bajar en pijama no es vergonzoso, le di carta y se la llevó dándome unos cuantos sobres.



Pasaron dos meses y los únicos sobres que llegaban eran los del banco y algunos que otros para mi padre, pero hoy llegó una carta, un sello dorado como el oro donde estaba el escudo de México; la abrí, era del presidente, decía que no iba a ser tan fácil deshacerse de la guerra pero el domingo 15 de febrero a las 12:00 p.m., en Los Pinos, quería hablar conmigo. De la emoción casi me desmayo, no podía ser que por solo una idea iré a hablar con el presidente de los Estados Unidos Mexicanos, le dije la noticia a Marina por mensaje de texto, y lo que me dijo fue que conocía a mi madre; ella no me llevaría, y en eso estoy consiente, pero su papá me puede llevar. Le dije a mi mamá que Marina me invitó a México el 15 de Febrero, y ella me dijo que mientras los papas de Marina estén consientes ella me dejaba ir. Ese fue un momento de gloria.

Llegó el día, tenía todo preparado, hasta con qué mano lo saludaría. Llegue a la casa de Marina, nos subimos al auto y en cuanto toqué el sillón me quedé dormida, perdida en mis sueños. Escuché que Marina me despertaba, habíamos llegado a "Los Pinos". Entusiasmada entré; una señora sentada en un gran escritorio me preguntó si tenía cita, y yo accedí; traté de ser amable a todas las preguntas que me hizo, me dijo que cruzara el pasillo grande que estaba frente a nosotras y a la tercera puerta a la izquierda estaba el señor presidente. Fui a donde me dijo, toqué tres veces y me abrió un señor alto con lentes oscuros, no puedo creer que estoy aquí enfrente del presidente. Tuvimos una charla de media hora, el señor presidente me llevó al gran balcón donde daba sus discursos, una bola de reporteros estaba haciéndome preguntas acerca de mi idea, no puede ser, se habían enterado, volteé a ver al presidente y con una sonrisa me dijo que les dijera mi idea, y luego respondía a sus preguntas.



Lo hice, les conté mi idea, luego una señora me preguntó: **¿pero, cómo detendremos la guerra?** *Mi respuesta fue que debemos empezar acabando con los conflictos;* que si yo, una niña de 13 años podía empezar, todos ellos podían seguir. Por más difícil que se veía, era muy fácil tener la paz; luego un señor me dijo: **¿De dónde salió tu idea?** *Le respondí que de un libro;* luego tuve que irme. El papá de Marina me estaría esperando a esta hora.

Llegamos; me fui a mi casa; tenía que impedir que mis papás vieran lo que acabo de hacer. Cuando llegué mi padre me recibió con un fuerte abrazo, dijo que nunca estuvo tan orgulloso de mí, después mi madre se unió al abrazo. En las siguientes semanas llegaron los reporteros y yo respondí a sus preguntas, estaba orgullosa de que, de tan sólo una idea hubiera logrado tanto. Meses después no tenía miedo a leer el periódico, las noticias que había eran de la guerra; la guerra se había terminado en casi todos los estados, sólo faltaban unos cuantos. Al día siguiente me despertó la gente que esperaba, y pensé: **la guerra ha terminado.**

FIN





LOS LIBROS Y LA PAZ

— Por: Tania —
Ximena Becerra Hernández
Secundaria



En una pequeña casita que se encontraba dentro del bosque vivía una pequeña familia. Sofía la hija, María la mamá y Óscar el papá.

Sofía ya tenía 20 años, ya era adulta pero aún la trataban como a una niña, en especial su padre que la sobreprotegía y no la dejaba salir al bosque ni siquiera para tomar aire. Ella nunca pudo asistir a la escuela porque sus padres se lo prohibían pero a Sofía le hubiera encantado poder ir y tener una carrera. Todos los días ella se encerraba en su habitación y no salía de ahí hasta la hora de la cena, ya que era lo único que ella podía hacer, pero, ¿Qué era lo que hacía en su habitación?

Sofía estaba harta de que no la trataran como a una chica normal.

Un día los padres de Sofía fueron a la ciudad por algo de comida y estuvieron ausentes por un largo rato, cuando llegaron se dieron cuenta de que su hija no estaba en la casa, buscaron por todos lados con la esperanza de encontrarla pero no fue así.

Desapareció de un minuto a otro sin dejar huella, sólo una cosa, un libro, un simple y sencillo libro que dejó en la habitación de sus padres pero ellos no entendían porqué dejó un libro y no una carta.

Buscaron y buscaron, ya había pasado un mes y todavía no sabían nada sobre ella. Los padres de Sofía estaban desesperados por saber algo sobre su hija, no querían que nada le pasara, no tenían pistas solo un libro que no les servía de



nada, al menos ellos creían eso.

La madre de Sofía, empezó a leer el libro que su hija les había dejado en su habitación creyendo que le daría algún mensaje cuando de pronto, una hoja salió del libro, no era una simple hoja, era una carta, justo lo que querían encontrar.

Que decía:

“Queridos mamá y papá quiero decirles que ésto lo hice porque es lo que más me gusta hacer, estoy cansada de que me traten como una niñita y no como lo que soy, una señorita, sé que están esperando saber algo sobre mí pero no será así hasta dentro de mucho tiempo, espero que entiendan por qué les dejé un libro.

Con cariño, Sofía”

Los padres de Sofía estaban desorientados, pero se dieron cuenta de que su hija estaba haciendo lo que más le gustaba, que ya era lo suficientemente responsable pero aun así no se rindieron hasta poder saber algo sobre su hija.

La madre de Sofía tenía la esperanza de encontrar algo que le diera una pista y así fue. En lo más alto y profundo del armario de Sofía había un montón bastante grande de libros de todo tipo.

María se puso a leer todos y cada uno de ellos creyendo que alguno le diría donde estaba su hija hasta que se dio cuenta de que todos eran una pista, Sofía había ido a cumplir su sueño, ser escritora ya que al leer y escribir ella



sentía paz y tranquilidad, se sentía en otro mundo donde podía estar relajada, sentía que podía ser libre, que ella estaba dentro de sus historias.

María recordó que cuando su hija tenía 4 años decía que iba a ser escritora y que iba a volar en una de sus historias y que en una de sus historias ella mencionaría a sus padres, y así fue.

Después de 4 años de búsqueda, Sofía por fin logró su sueño, ser escritora.

Resultó que después de tanto tiempo ya estaba a la venta uno de los libros de Sofía, no era un libro cualquiera, nada más y nada menos que la historia de su familia, una maravillosa historia.

Sofía había logrado volar en una de sus historias, ser libre y lograr su meta. Desde el momento en que Sofía logró su sueño, sus padres pusieron en venta la casa y se fueron a vivir a la ciudad para poder estar con su hija que se había convertido en una persona trabajadora.

Poco después de que los padres de Sofía se mudaron a la ciudad, Óscar el papá, enfermó y falleció a los pocos meses. Fue algo muy deprimente pero Sofía no dejó que la tristeza le ganara y que le impidiera seguir con su carrera.

Ya había pasado un año desde la muerte de su padre y ella ya tenía una familia maravillosa, su esposo que por cierto era muy atractivo y 2 pequeñas gemelitas, Melissa y Mariana.



Todos los días en las noches Sofía les leía un cuento a sus pequeñas lo cual les encantaba.

Pasaron varios años, su madre ya había fallecido, ella y su esposo eran personas adultas, sus pequeñas ya eran grandes y cada una tenía su familia. Ya había pasado tiempo desde que Sofía se había retirado como escritora pero nunca olvidó lo que se sentía escribir, ella sabía que lo que hizo lo hizo para ayudar a sus padres a salir adelante pero nunca quiso decirlo, sabía que sus padres la sobreprotegían porque tenían miedo de que algo le pasara y porque la querían.

Incluso el último libro que escribió fue sobre lo que ella sentía al leer y escribir, lo que pensaba, las razones de porqué escribió ciertos libros. Ese libro fue titulado: **“Los libros y la paz”**.

FIN





NO HAY MEJOR
COSA QUE AYUDAR
A OTRO

— Por: Luis —
Samuel Aguilar Gasca

Primaria



Había una vez un señor que tenía mucho dinero que salió de su casa a ir al cine y se encontró a un pobre pidiendo limosna y lo ignoró.

Después de mucho tiempo se enfermó y todo su dinero se gastó en medicina y tratamientos y al encontrarse en la misma situación en la que estaba el pobre de aquel día pensó ¿ahora qué puedo hacer al no encontrar ninguna opción?

Llegó a hacer lo que nunca imaginó: pedir limosna.

Un día vio al mismo pobre que había ignorado aquella vez y a su sorpresa el alguna vez pobre y desafortunado señor le dio dinero. Ese día en lo único que pensó fue:

“Tal vez, sólo tal vez en lugar de ser avaro y codicioso pude haber ayudado a todo el que lo necesitara y no se encontraría en esa situación”

El alguna vez pobre le ofreció refugio sólo hasta que lograra conseguir empleo y desde ese día se fue forjando una maravillosa amistad.



FIN





PEDRO Y CHETO

— Por: Alexa
Ortiz Saldaña —

Primaria



Había una vez un niño que se llamaba Rafa. Rafa tenía un perro llamado Cheto, se lo habían regalado de cumpleaños. Cuando Cheto estaba chiquito y bonito le hacía cariños, le daba de comer a tiempo, se lo llevaba a su cama y jugaba con él. Cheto creció y ya no se veía tan bonito como cuando era chiquito, ya no lo podía cargar ni llevar a su cama. Rafa se aburrió de él, ya no le hacía caso, se olvidaba de darle de comer. Y cuando Cheto se acercaba a él, Rafa se molestaba y le pegaba. Un día Rafa estaba haciendo la tarea, dejó su tarea en la mesa para buscar el sacapuntas, Cheto miró la tarea y se la comió. Rafa vio a Cheto, se enojó, le pegó y lo echó a la calle, sus papás no dijeron nada, tampoco querían al perro.

Pedro, que vivía a unas casas de ahí, vio lo que Rafa hacía con Cheto y se llevó al perro porque sabía que Rafa era grosero. Pedro y Rafa iban a la misma escuela, estaban en el mismo salón. Pedro sabía que Rafa era agresivo pues le gustaba molestar y pegarle a los demás compañeros sobre todo a las niñas.

Los niños del salón ya no querían juntarse con Rafa porque siempre terminaba pegándoles o burlándose de ellos, preferían irse con Pedro porque él si los juntaba en los juegos, no les pegaba y si tenían un problema lo platicaban. Poco a poco Rafa se fue quedando sin amigos, ya no se sentía a gusto en la escuela y sus papás lo cambiaron. En cambio Pedro cada día tenía más amigos.

Al final del año Pedro tenía tantos amigos que necesitaba muchas manos para contarlos y tenía a Cheto, un perro que siempre lo recibía con gusto al



Llegar de la escuela. Pedro jugaba con Cheto a la “traes”, con la pelota, a escon-
der juguetes y a que Cheto los encontraba.

Una vez un ratero se metió a la casa de Pedro y se robó el dinero. Pedro vio al
ratero y gritó, el ratero intentó lastimar a Pedro, pero Cheto llegó y mordió al
ladrón y lo tumbó. Su mamá escuchó el ruido, vio al ladrón y llamó a los poli-
cías. Cheto cuidaba y quería mucho a su nueva familia.

Si eres violento o grosero con los animales o con tus amigos te vas a quedar
sin ellos. Si eres respetuoso con los animales o con tus amigos vas a tener
muchos y vivirás la paz.

FIN





PUNTO DE EQUILIBRIO

— Por: Carlos —
Enrique Pimentel Muñoz

Bachillerato



Yo no era diferente a los demás niños de cierta edad, y ciertamente no era el más atinado. Las noches eran largas entonces, y bastante calladas. La música se apagaba a las 10 al igual que las luces de la habitación en la que dormía, que a su vez funcionaba de sala y comedor. Viví mi niñez en los maravillosos 30's, antes de la guerra y el holocausto nazi. Luego llegué a los 12, y consecutivamente a los 13 y 14. Cuando cumplí 15 me llevaron al ejército francés, no entendía por qué si yo era claramente austriaco, aunque sí, admito que mi padres eran norteamericanos. En fin, no atinaba en ningún lugar. Pero ¿qué podía hacer?, era un chico austriaco, de padres americanos en un conflicto internacional y ni siquiera luchando en el bando indicado.

Mis padres decían, que si no fuera por esa pareja de ancianos que los ayudaron a escapar de la Gran Depresión en América, quizá yo hubiera nacido con polio, o contagiado de tuberculosis a los pocos meses de nacido, pero no fue así, continué y seguí, y como dije llegue a los 15. Me enlistaron en el ejército francés, después de eso me separaron de mamá, pero papá fue conmigo. Me acompañó hasta donde pudo, porque nos reubicaron a los dos meses en el frente de batalla. A él no lo volví a ver jamás, no al menos fuera de una caja de madera sellada y a la medida. Luego en el 45 la guerra terminó. Europa levantaba la bandera de la paz firme y en alto, tenía 21 entonces, y había perdido 6 años de mi nada maravillosa vida haciendo cosas de las que jamás me enorgullecí, pero luego regresé a casa y olvidé, como todos lo hacen.

Cuando tenía 30, creía que ya lo sabía todo, y también creía que había vivido todo lo que un hombre del siglo XX tenía que vivir. Fue entonces cuando la



conocí. Era alta, rubia y de caderas despampanantes, llevaba un vestido largo de seda, y un sombrero con largas plumas blancas. Un cierto glamour de Hollywood la envolvía por completo, porque ella resplandecía como las grandes actrices de la época. Era como una mañana cálida y como la luz que proyectaba la Luna a mitad del campo entre juncas salvajes que se aferraban a la orilla del lago. Esa fue la primera vez que me enamoré de la paz. Era tonto y atrevido, pero era un caballero ante todo, hecho y derecho. Con el tiempo la oportunidad pasó casi de repente, y en otras palabras me habían dejado. Cumplía los 35 entonces.

Apareció otra mujer en mi vida, justo cuando comenzaba a perder la esperanza. Era diferente a esa glamorosa mujer de blanco. Ésta era un poco más real. Era pequeña, amaba las flores, usaba lentes con fondo de botella y creía en la igualdad en el mundo entero, tenía casi mi misma edad. Esa fue la segunda vez que me enamoré de la paz. La amaba. Amaba cómo me sentía junto a ella, pero conforme pasaba tiempo a su lado, me alejaba más de la realidad. La dejé en un acto de cobardía y me fugué lejos de la vista de todos.

Había olvidado los horrores de la guerra y la pérdida de papá, pero sabía que debía regresar a mis raíces. La primera vez que la vi me quedé pasmado, era una mujer verde y enorme, una Dama de la Libertad. Era Nueva York de los años 70's. Tenía 50 y tantos años, ¡y por Dios! Tenía que hacer algo con mi vida. Subí a lo más alto del Empire State casi sin pensarlo, sentí como la existencia me recorría el cuerpo, y me di cuenta que aún faltaba más. Decidí desaparecer del panorama, viajé con mi nueva paz, mi paz interna. Quizá ya no tan radiante y jovial como antes pero sin duda era buena y reconfortante. Un día estaba en



París y al otro visitaba Roma, luego me mudaba a Brasil y acababa en alguna provincia española. México, Bogotá y el Salvador. Después de ese viaje nunca olvidé América Latina.

Las cosas se pusieron frías, parecía que otro holocausto comenzaría de nuevo, temía por mi vida, ¿y cómo no!? Si aún era joven para morir, aún tenía que pasar a conocer al tercer amor de mi vida.

Apareció en un verano, estaba en México y ya eran los años 80's, la gente comenzaba a llevar una vida más tranquila llena de artilugios salidos de los sueños más etílicos de ciencia ficción. Tenían grabadoras y casetes. Se acuñaban términos como producción en masa y consumismo. Pero repito, era verano, estaba en el centro, en la capital. La conocí en un café de pueblo, y lo digo porque era bastante pintoresco y extremadamente bueno. Había olvidado los cafés de Austria o Italia, o siquiera Francia. Había olvidado a Europa, amaba América Latina, la gente era cálida, servicial y me sentía como en familia todo el tiempo, y créanme que cuando tienes casi 70 comienzas a extrañar ese tipo de cosas.

Ella era mucho más joven que yo, y me enamore profundamente, pero no en la manera en que imaginan, era un amor mucho más...real. No era la actriz glamorosa, ni la incansable luchadora de los derechos civiles. Ella era hermosa, tenía la tez oscura, y vestía con colores tan vivos y tan cálidos que sentías que te estrujaba en lo más profundo de tu pecho. Vibraba mi alma de solo pensarla. Me sentía realizado, creía que era la indicada. Esa fue la tercera vez



que me enamoré de la paz. Y estaba feliz porque era una paz verdadera. Pero con los años me di cuenta, y lo sabía pero no lo aceptaba, puesto que vivía en un sueño, en algo inalcanzable que jamás funcionaría. Me rompió el corazón, pero no importaba porque ella seguía siendo bella, no era como las otras que se habían esfumado, ella seguía siendo real.

Pase los siguientes 22 años enamorado de ella, y un día de repente la olvidé, como se olvidan los viejos pares de calcetines del cajón y las cosas que uno debe comprar en el supermercado. Seguido de eso me fui a Francia, porque después de todo fue en el ejército que me enlistaron. Investigué sobre mi padre y visité la tumba de mi madre. Y aunque sentía un enorme vacío en el corazón por que llegaba el fin de mi vida, tenía la intención de seguir adelante, aún tenía cosas que contar. Dejé un separador en mi historia, algo que la mantuviera abierta en la última hoja por comenzar, para esperar el momento en el que conozca a la última paz.

FIN

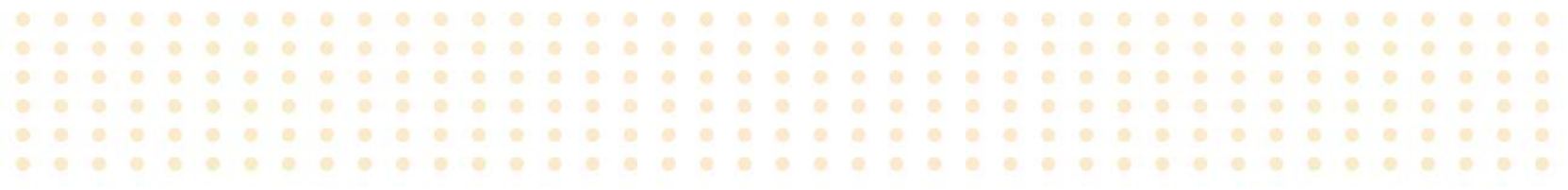




Ilustración de Raul Villegas Enriquez



TRES LIBROS NADA MÁS

— Por: Guillermo —
Rodríguez Ramírez
Bachillerato



Un paquete de cigarros, un par de botas y una lata de tocino, eso era lo que me había costado rescatar tres libros del incinerador. El guardia en turno estaba más que feliz del intercambio pero se aseguró de expresarme su descontento de que yo quisiera rescatar a “un montón de basura”. Ni siquiera yo mismo lo entendía a ratos.

Quizás fue la nostalgia, al menos recordaba haber leído dos cuando era niño; quizás era la aburrición, no tenía absolutamente nada que hacer todo el día mas que fumar, dormir o mirar hacia el espacio, aburrido completamente; quizás era una forma de desquitarme por haber sido obligado a cumplir con el servicio militar justo cuando planeaba ir a estudiar medicina a la universidad.

Sea cual fuese la razón aquí estoy, con “material ideológicamente peligroso” nombre que se había ganado fama últimamente a cualquier libro que sonara muy complicado para un montón de burócratas, no importaba que fuera algo como Doctor Seuss o Charles Dickens, si usaba palabras muy largas se podía considerar prohibido.

Cuando vi la lista que se puso en carteles por todos lados solté una risilla, no dejaba de parecerme divertido hasta que vi que iban en serio, sin embargo a nadie más pareció preocuparle, la emoción de una guerra recién declarada opacaba enormemente a cualquier lista de objetos prohibidos que la mayoría ni siquiera usaba, como si los sombreros de plástico rojos fueran prohibidos muy pocos le prestaron atención.



Después de un tiempo se fue también de mi mente, tenía cosas en que preocuparme, la vida seguía, y no había mucho tiempo de quejarme inutilmente sobre algo ya hecho, si lograba salir de este mugrero quizás no tendría que preocuparme por ninguna tontería así nunca más.

Obviamente no lo logré, antes de que tuviera la posibilidad de “escapar” se me envió con un uniforme, botas nuevas y apurado entrenamiento a una tranquila frontera en el extranjero, donde no había nada digno de mención o de saqueo, por lo que no había necesidad de preocuparse por la vida o del futuro. Después de un tiempo encontré que las calderas que servían de calefacción y de boiler para las bañeras usaban cualquier cosa que llegaba a las manos, ya fueran restos de comida, ropa gastado e inútil o simplemente libros confiscados.

Ahora, estaba acostado tratando de conciliar el sueño, mi mente ocupada en qué hacer con una pena de cárcel de al menos 10 años en hojas de papel; podía devolverlo a la caldera y punto final, ahí se acabaría mi dilema, pero había algo que me hacía difícil de nada más desprenderme de ello, una sensación de vacío, de que quizás también, podría esperar, quizás cuando esto acabe y regrese a casa podría esconderlos en una caja vieja, en un cuarto olvidado y volver a ponerlos en lo más alto del librero cuando esto acabe.

O quizás acabaríamos perdedores en este conflicto, no habría más opción que dejar de vigilar a los ciudadanos por algo tan insignificante que sus materiales de lectura.



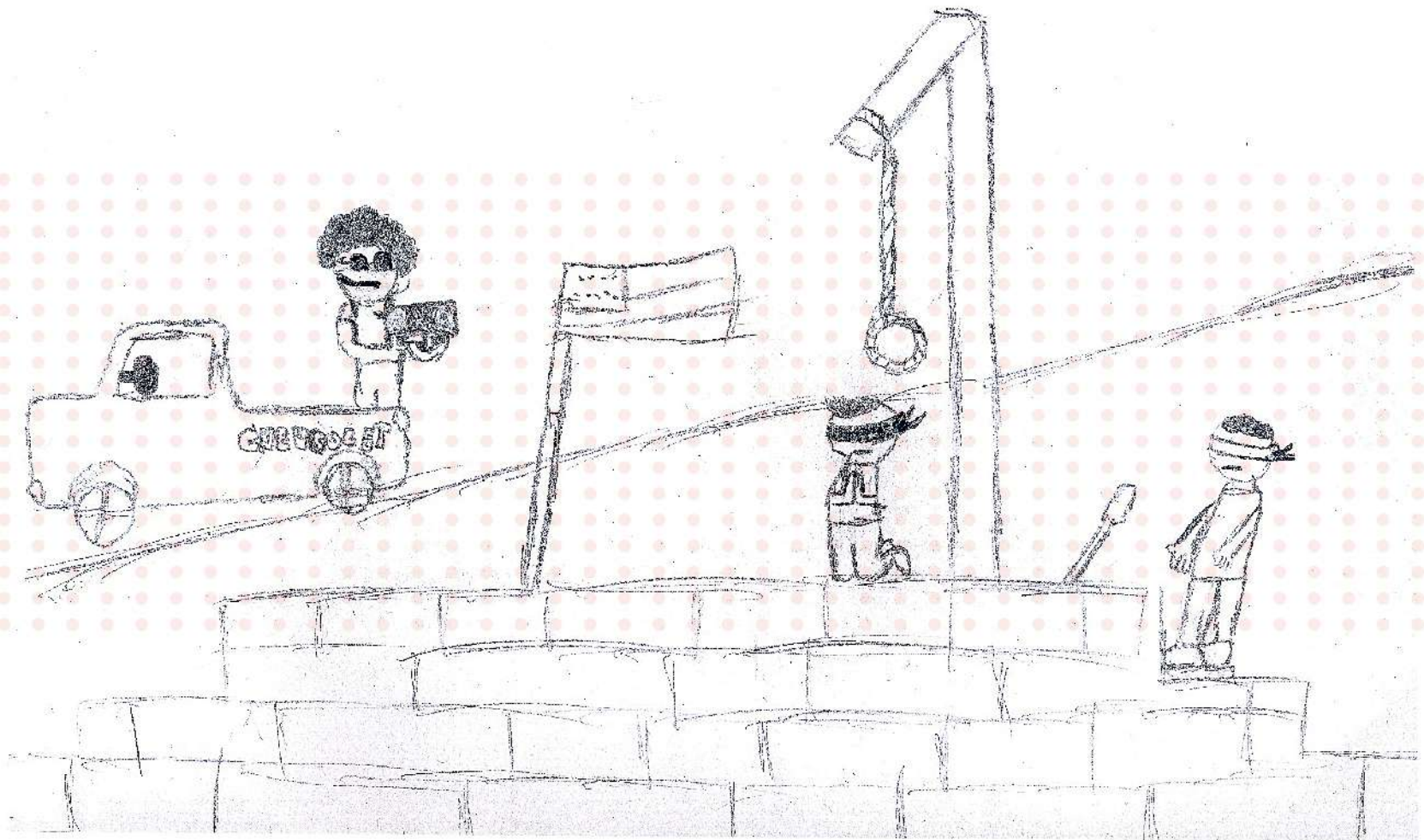
Entonces por el momento no me quedaba nada más que esperar, que desear que las cosas mejoraran, que fuera seguro el que no se me metería a la cárcel o se me ejecutaría por querer revivir mi niñez, de querer leer lo que yo quisiera leer.

Solo me quedaba esperar.



FIN





ÚLTIMA SEMANA DEL COMANDANTE JOHNSON

— Por: Salvador —
Darío Bermúdez Morón

Secundaria



Día 1

Supongo que mi abuelo tenía razón hace veinte años cuando dijo que todo se iba a acabar. Y ahora estoy aquí...encerrado, reprimido.

Soy el ex comandante Jhonson de las Fuerzas Armadas Espaciales, ellos son los que me desterraron a este lugar, ¡ESOS MALDITOS! adem...

Día 2

Ese molesto guardia me quitó mi cuaderno y no me dejó terminar mi apunte ayer. Como sea, él algún día se irá sin embargo yo, me quedaré aquí...

Aquí se encierra a los criminales de guerra. A mí me acusan de traición a la patria, conspiración y terrorismo. He oído casos de atrocidades, como algo de una Segunda Guerra Mundial o algo así que pasó ya hace más de doscientos años, pero nunca había vivido algo así.

Día 3

Lo único que he hecho para que me encarcelaran fue **SALVAR A LA HUMANIDAD**... nada significativo.

En este momento estamos en una guerra contra una raza de extraterrestres llamados "Renusts" o como nosotros las llamamos: larvas. Son unos asquero-



esos bichos de al menos dos metros de alto con mascotas llamadas "Lists" que son similares a unos grandes perros, sin embargo ellos tenían seis patas y una fuerza sobrehumana.

Día 4

Mi pelotón y yo teníamos la misión de recuperar una base militar tomada por las larvas y después destruir el puerto de Halbo Beach para evitar futuras invasiones. El teniente Reus de Polonia, la cabo Gómez de México y el sargento Cole de África eran mi pelotón antes del trágico suceso.

Entramos a la base con nuestras armas cargadas al máximo, burlando el sistema de defensa, pues la cabo Gómez era una joven muy inteligente y en su primera misión de campo quería lucir sus estudios en computación extraterrestre, especialmente de larvas, entonces pudimos burlar el sistema de seguridad de las larvas.

Día 5

Matamos unas cuantas larvas antes de llegar a la base principal con las habilidades con los lancers (*armas que usábamos*) de Reus, el veterano polaco, sin embargo lograron herirle una pierna a la cabo Gómez pero nada grave pues el sargento Cole fue médico en su pueblo antes de que todo esto pasara y él la reviso.



Día 6

Cuando finalmente entramos a la base principal Gómez hackeó todos los sistemas de seguridad, por consecuente todos los sistemas de seguridad comenzaron a eliminar a las larvas uno a uno.

El dispositivo que nos habían dado para volar Halbo Beach se averió y no podíamos hacer nada, a menos que para evitar la mayor invasión que la Tierra haya sufrido o va a sufrir usemos el satélite Loki para volar el puerto, sabíamos que eso desobedecía completamente las órdenes del Coronel Loomis pero... teníamos que hacerlo.

Día 7

Tomamos el valor y solicitamos autorización para usar el satélite, obviamente no la tuvimos, sin embargo lo usamos. *Mis últimas palabras al coronel Loomis fueron: "¿Que son cien vidas frente a siete mil millones?* Jhonson, fuera.

Día 8

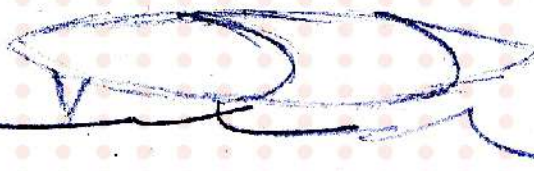
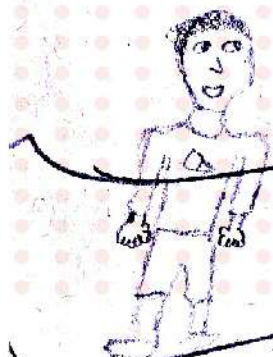
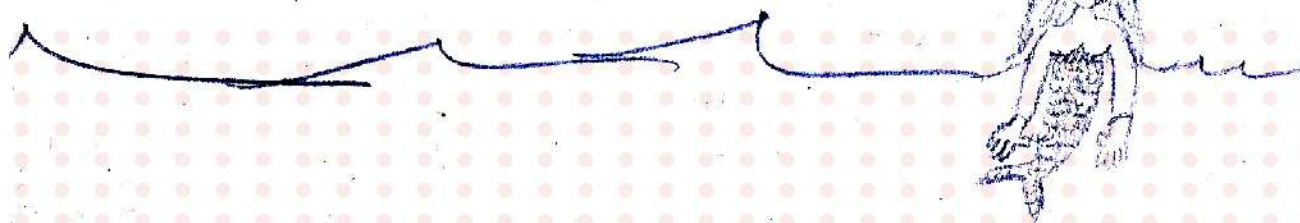
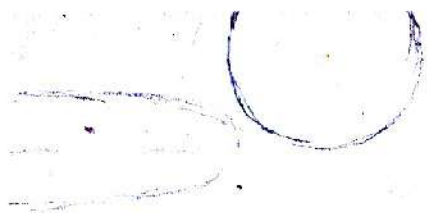
Usamos el satélite, la invasión acabó y regresó la paz... al menos para todo el mundo.

Hoy fusilan a todo mi pelotón...incluyéndome.



FIN





ROJO COMO EL CORAL,
AZUL COMO EL MAR

— Por: Ximena
Bonilla Rodríguez —

Bachillerato



Kin estaba enamorado, al menos eso es lo que cree, lo que siente en el estomago no puede ser otra cosa, es como si se hubiera tragado el océano entero mientras surfeaba, y miles de pececitos nadaran en su panza.

Kin no es su nombre real, su madre lo llamó Enrique, en honor a su padre y a su abuelo, después, cuando entró a la escuela empezaron a llamarle Kike, después Kikin, y al final terminó en solo Kin, pero a él le gustaba, era simple y no había nadie más con ese nombre, y era así como le llamaban sus amigos del club de surf, que eran más como una familia para él, sin embargo, no les había contado de ella, de la chica del cabello rojo como el coral y los ojos azules como el mar, y no era porque no confiara en ellos, sino porque no estaba seguro de que fuera real, él no creía en dragones, ni en los duendes y mucho menos en sirenas... pero su corazón se agitaba cuando pensaba en ella, y eso era, más o menos, todo el tiempo desde que la vio, hacía ya dos días. Habían sido tan solo unos minutos, mientras montaba una ola, su cabello rojo como el coral había llamado su atención, aferrado a su tabla de surf la siguió con la mirada, y sus ojos azules como el mar se clavaron en los de él. Kin había perdido el equilibrio y caído de la tabla sumergiéndose en el agua, y para cuando había salido a la superficie de nuevo ella había desaparecido, pero no había logrado hacerla desaparecer de sus sueños...

Kin despertó sonriendo, había soñado con ella, con su sirena, estaba decidido a encontrarla aunque tuviera que surfear el océano entero.



Y así lo hizo, el primer día fue a la misma playa en donde la había visto, se adentró en el mar, sobre su tabla, remando con los brazos, pero pasaron las horas, el sol se metía, y ella no aparecía.

Entonces pensó que, siendo ella una sirena, podría estar en cualquier parte del océano, por lo que decidió ir a una playa diferente cada día, así lo hizo durante una semana, pero su sirena seguía sin dar señal alguna, por lo que se le ocurrió que no solo visitaría las playas del pueblo, sino que también las de los pueblos vecinos, y así transcurrieron dos semanas más, pero no había rastro de ella.

Kin recogía un caracol por cada playa que visitaba, buscando a su sirena, para así mantener la cuenta. Esperaba encontrarla antes de que sus vacaciones terminaran y tuviera que regresar a la escuela, pero no tuvo suerte.

Se levantó la mañana del primer día de clases un poco desanimado, pero tomó la bolsita con los 28 caracoles recolectados en su búsqueda, y la puso en su mochila, planeando seguir después de terminar la escuela, pero ya no le quedaban playas que estuvieran a menos de dos horas de camino, pensó en repetir su búsqueda por las mismas playas, mientras caminaba a su primera clase...

Abrió la puerta de su salón, y se quedó perplejo, boquiabierto, sintió los pececitos nadando en su estomago otra vez...

Ahí estaba ella, con su cabello rojo como el coral y sus ojos azules como el mar,



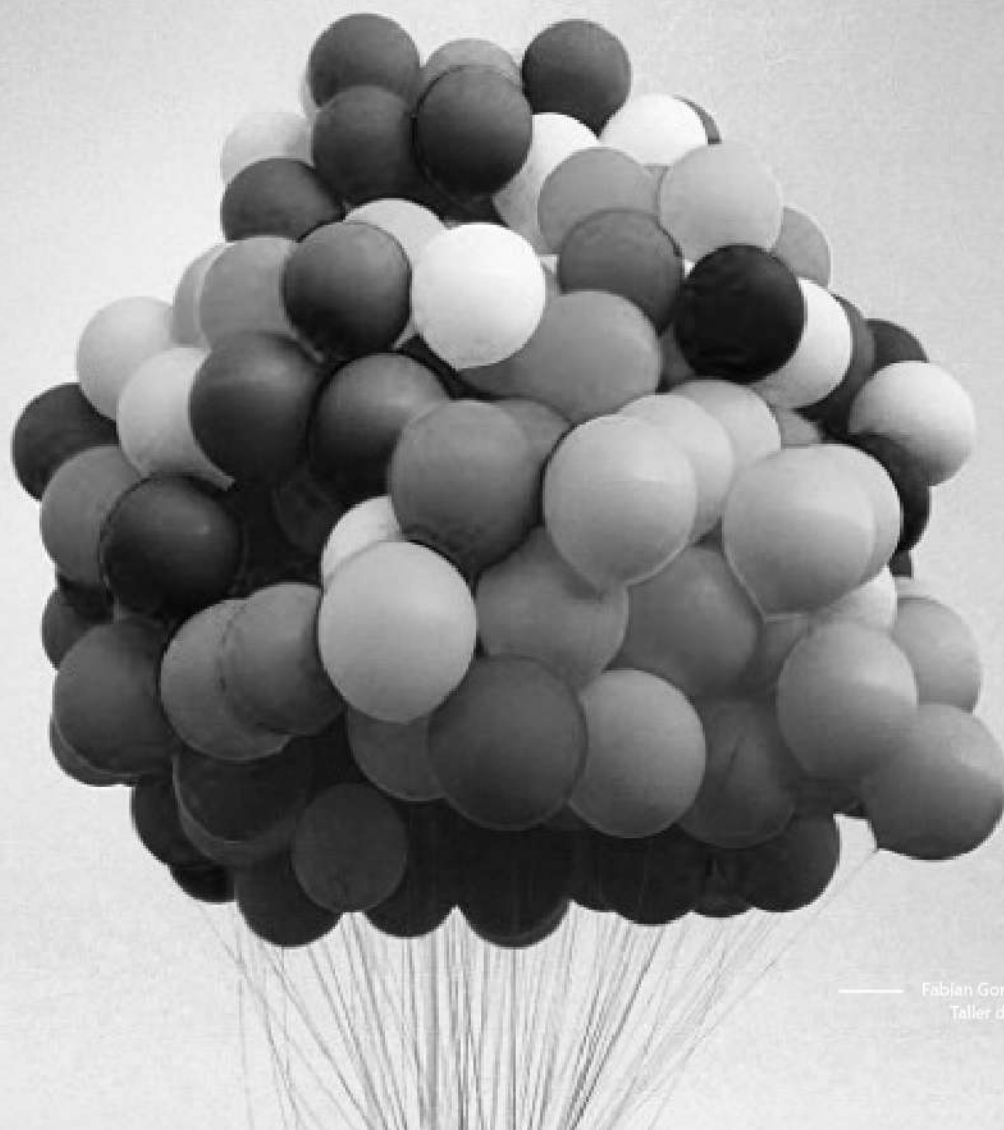
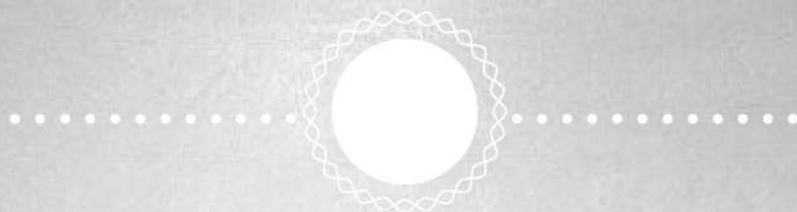
pero... caminaba sobre sus piernas y usaba unos tenis verdes, **¡no era una sirena!** Pero lo tenía embrujado como si fuera una. Se acercó a preguntarle qué era lo que hacía nadando tan profundo en el mar si no era una sirena, pero no había terminado de abrir la boca cuando ella dijo **“Eres el surfista”**, no era una pregunta, **“Y tu la sirena”** dijo Kin cuando recuperó el habla, ella sonrió al oír que la llamaba sirena, y dijo entre risas **“Ya quisiera yo ser una sirena, así podría recoger los caracoles de lugares profundos, ahí es en donde se encuentran los mas hermosos”**. Kin sacó la bolsita con los caracoles de su mochila y se la vació en las manos, mientras le contaba cómo había pasado el verano buscando a una hermosa sirena de cabello rojo como el coral y ojos azules como el mar.



FIN



CUENTOS PARA LA PAZ



Fabian Gorozpe Velázquez
Taller de fotografía.



INSTITUTO LUX

Colegio Jesuita en el Bajío

TODOS SOÑAMOS DESPIERTOS.
IMAGINAMOS MUNDOS POSIBLES Y MEJORES...



INSTITUTO LUX

Colegio Jesuita en el Bajío